

¡A por el árbitro! (VI)

Prisionero en una isla

- Durante media hora fue golpeado incesantemente Eladio Naya López
- Desde el campo al embarcadero de la isla de Arosa el árbitro gallego tuvo que soportar toda clase de agresiones
- Tras el encuentro que disputaron Celtiga y Orense, comenzó la caza del árbitro
- «Sigo dirigiendo encuentros. Tengo una gran afición. Mi padre fue árbitro» (Eladio Naya)

Dopazo Fontán, me aplaudió repetidas veces diciendo: «Bien, bien», provocando la reacción del público. También el jugador del mismo club, Pablo Viñas Suárez, me dijo gritando, llevándose el dedo índice a la cabeza: «Estás loco, tú estás loco.» Esto no lo reflejé en el acta (hay que hacer constar que la redacción de lo sucedido en el terreno la redactó el colegiado un día después en un anejo a la misma) porque temía la reacción de los directivos y sabía que podía necesitar su colaboración.

Cuando nos disponíamos a abandonar el terreno de juego nos tuvimos que parar porque un espectador había metido un paraguas entre la reja para agredirnos. Cerca de la puerta nos tiraron dos piedras, una de las cuales era más grande que el tamaño de un puño, la cual me rozó y se estrelló en la pared del vestuario. Cuando íbamos a cerrar la puerta se interpuso un directivo del Club Celtiga —creo que es el secretario y se llama Joaquín Leiro— y nos dijo gritando que no quería que saliéramos de allí sin hacer la prueba del alcohol. Una vez cerrada, oíamos que la gente estaba delante del vestuario profiriendo gritos, insultos y amenazas: «Queremos la cabeza». A las 19,10 salimos del vestuario pensando que afuera tendríamos un coche para llevarnos hasta el embarcadero, como nos habían prometido, pero no lo había. Es curioso, es como si ya estuviera planeado de antemano. La gente vino con nosotros insultándonos y gritando, pero sin intentar agredirme, pero una vez traspasada la puerta del campo me empezaron a dar patadas, puñetazos, paraguazos... En un momento dado recibí una pedrada en la cabeza, la cual me hizo perder un momento el conocimiento. Me mareaba, momento que aprovecharon para «clavarme» dos paraguas en la cadera derecha, haciéndome un agujero en el pantalón. Había allí unas cincuenta personas. Desde el campo al embarcadero hay unos tres kilómetros. Salimos a las 19,10 y llegamos a las 19,35. Duró el trayecto 25 minutos. Fue un infierno, fue una pesadilla. Todo el tiempo corriendo. La gente me salía al paso de todos los sitios a pegarme. Mujeres, ancianos y niños. Todo estaba estudiado. La gente se colocaba por grupos estratégicamente, y según iba pasando me cortaban el paso y me golpeaban con lo que tuviesen en la mano. Temí en todo momento por mi vida. En un momento dado oí el ruido de una moto que venía por detrás de mí para atropellarme. Me volví, y cuando estaba a unos siete metros atropelló a una del grupo perseguidor, cayendo ambos al suelo. Esto estaba tan preparado, que incluso tenían unos bidones llenos de piedras para cortarnos el paso en caso de que fuéramos en coche. Cuando estábamos llegando al embarcadero me estaba esperando un grupo de gente, unas treinta per-

sonas, del cual tres o cuatro individuos intentaron tirarme al mar, diciendo: «Venga, al mar, esto no lo haces más» y «a nosotros nos sobra dinero para pagarlo». Entre ellos se encontraba el jugador del Club Celtiga Arturo Dopazo Fontán, quien me dijo incitado: «Te está bien, aún te debían de dar más, nos jodiste el partido», interponiéndose en mi camino.

Cuando llegamos al embarcadero los jugadores del Club Orense y directivos, delegado de campo, un directivo y un ATS del Club Celtiga hicieron un cordón a mi alrededor para que nadie pudiera llegar a mí, hasta que llegara la lancha, pues faltaban diez minutos. Ya en la lancha embarcaron con nosotros unos ocho o diez individuos para seguir la agresión cuando llegásemos a la otra orilla de la Ría, ya que no podían hacerlo allí porque yo iba en la cabina del piloto. Una vez que desembarcamos nos metimos en el coche sin novedad, partiendo hacia La Coruña.

A continuación el señor Naya agradece en el acta la colaboración del ATS del Club Celtiga y del delegado de la Federación Gallega en Orense, así como la del delegado del club visitante y de los jugadores del mismo, ya que «sin su colaboración —según dejó escrito— quizás no estaría en estos momentos redactando estas líneas».

Después, se hace una pregunta que es digna de meditación:

«La pregunta que me hago yo en estos momentos es: Después de lo que ha pasado, ¿volveré a ser el de antes, volveré a arbitrar como antes? No lo creo. Incluso voy a pensar en la retirada.»

Tras señalar que en la isla de Arosa no hay cuartel de la Guardia Civil y que en caso de necesitar refuerzos de Fuerza Pública es muy difícil conseguirlos, pues vienen de Cambados, termina diciendo:

«En estos momentos tengo muchos hematomas por todo el cuerpo y tengo un dedo de la mano izquierda fastidiado, tengo dos fuertes hematomas en la cadera del pinchazo de un paraguas y un chichón en la cabeza.»

LAS SANCIONES

Tras estos lamentables y graves sucesos, las sanciones del Comité de Competición fueron las siguientes:

—Por acumulación de amonestaciones, un partido de suspensión para los jugadores del Club Celtiga Agra Diz y Señorans Rial.

—Cuatro partidos de suspensión al jugador del Celtiga Dopazo Fontán, dos por menospreciar al árbitro, siendo reiterante, y dos por provocar la animosidad del público.

—Un partido de suspensión al jugador del Celtiga Viñas Sánchez, por menospreciar al árbitro.

—Dos meses de suspensión en sus funciones al directivos del Cel-

tiga Joaquín Leiro, por ofender a los componentes del trío arbitral.

—Al Club Celtiga, multa y clausura del campo por tres partidos oficiales, por incidentes del público de extrema gravedad.

Al margen de los gravísimos accidentes reproducidos en el acta, nos llamó la atención unas palabras del colegiado reflejadas en la misma: «Después de lo que me ha pasado, ¿volveré a ser el de antes, volveré a arbitrar como antes? No lo creo. Incluso voy a pensar en la retirada.»

Para obtener una respuesta a esta pregunta, hablamos telefónicamente con Eladio Naya López. Esta fue su respuesta:

—El acta la redacté 24 horas después del partido, y en ese momento pensaba en la retirada. Gracias a Dios, y pese a los gravísimos incidentes, no me dieron mucho. Lo que sí fue grave para mí fue la agresión psíquica. Me sentí vejado y humillado. No es lo mismo que la agresión dure unos segundos o incluso pocos minutos, a que durante casi media hora te estén dando palos. Desde el campo al embarcadero había una distancia considerable. Antes tenía fama de anticasero. Desde aquella vez no lo he vuelto a hacer. Pero he seguido arbitrando. Concretamente, después de aquellos incidentes he pitado dos partidos más de Tercera, en Villagarcía y Noya. Mi afición por el arbitraje es muy grande. El temor que tengo ahora es si soy justo con los equipos a los que arbitro. Nunca había arbitrado al Celtiga y creo que todo lo que sucedió fue premeditado. Reconozco que el anejo al acta que redacté fue un poco emocional, ya que nada más hay que contar lo que sucedió, al margen de las opiniones personales.

—¿Qué motivos tuvo el público para comportarse de esa forma tan desmesurada y violenta?

—El partido se desarrolló sin complicaciones. Amonesté a varios jugadores y se produjeron las protestas de siempre. Cuando faltaban pocos segundos para que terminase el encuentro pité una falta a favor del Celtiga. Al comprobar que se habían cumplido los noventa minutos de juego, di el encuentro por finalizado sin que se sacara la falta. Ante este hecho el público se encrespó y luego vinieron todos los incidentes que redacté en el acta.

HASTA PISTOLAS

Sin embargo, el señor Naya nos indica que hubo un hecho muy grave que no plasmó en el informe, ya que se enteró días más tarde:

—El delegado de la Federación Gallega de Fútbol presenció aquel partido. Durante los incidentes me ayudó mucho y luego me contaron que unos individuos lograron quitar la pistola a un guardia civil y con ella encañonaron junto a un árbol a ese señor. Me acuerdo perfectamente que el delegado de la

(Continúa en la siguiente)



Tras las declaraciones de los presidentes del Comité Nacional de Arbitros, José Plaza, y del de la Asociación Nacional de Arbitros de Fútbol Españoles, Antonio Decoz, vamos a analizar los casos más graves desde nuestro punto de vista de agresión a colegiados.

Tras repasar una a una las actas del Comité de Competición hemos elegido una serie de casos a los que podemos calificar de extrema gravedad.

Gracias a la eficaz y valiosa colaboración del secretario del C.N.A., José Gracia, tuvimos acceso a las actas redactadas por los propios árbitros. Algunas de las mismas encierran todo el dramatismo imaginable. Muchas de ellas fueron redactadas al día siguiente de celebrarse el partido, ya que al término de éste el estado físico y psíquico del árbitro era tal que se vieron imposibilitados de coger un bolígrafo y dejar plasmado en el acta todo lo sucedido.

Por su interés, en algunos casos, reproduciremos íntegras las actas. Rogamos a nuestros lectores nos disculpen por las palabras «malsonantes» que figuran en muchas de ellas. Pero no hacen otra cosa que reflejar la realidad. El salvajismo humano no tiene límites. Y no dramatizamos. Poco a poco podrán comprobarlo.

En un principio había desechado la idea de enjuiciar estos hechos. Tan sólo queríamos exponerlos de forma clara y objetiva. Pero tras analizar los casos más flagrantes de violencia, debemos aportar ideas para acabar de una vez por todas con esta plaga que afecta al fútbol español.

El deporte del balompié arrastra a las masas precisamente por el carácter competitivo que posee. Lo de menos, hoy en día, es ofrecer un buen espectáculo a los aficionados que, en definitiva, son los que mantienen el tinglado futbolístico. El objetivo prioritario, por el que todos luchan, está centrado en la consecución de los puntos. Y para retenerlos en casa o conquistarlos fuera de ella, por desgracia, todo es válido. Desde esas tácticas destructivas que deslucen toda la belleza e interés que tiene el fútbol, hasta el empleo de métodos violentos, para «asustar» al árbitro y condicionar su actuación a favor de un determinado equipo.

En la pugna por los puntos es lógico que se produzcan conatos violentos. Puede incluso tolerarse un insulto, un empujón o un desplante. Para corregir estos actos,

el Comité de Competición tiene suficientes actas en la mano. La suspensión por un determinado número de encuentros sería el castigo más idóneo para corregir estos desmanes.

Sin embargo, para cortar de raíz esa agresión premeditada, grave, en la que todo es válido, desde la clásica «pedrada» a la persecución del colegiado por todo el terreno de juego para, una vez atrapado, propinarle toda clase de golpes, puñetazos, pisotones, etc., no hay otra salida que INHABILITAR A PERPETUIDAD al agresor. Un jugador, un directivo o un aficionado que es capaz de cometer semejante acto vandálico debe ser apartado del fútbol. Y todos ellos, además, deben ser denunciados en un juzgado de guardia. No hay otra solución. Castigar a un jugador o un directivo con veinte o cuarenta partidos de suspensión, cuando ha cometido un acto de esta índole, no sirve absolutamente para nada.

PRISIONERO EN UNA ISLA

El pasado día 1 de marzo, tras el encuentro que disputaron el Celtiga y el Orense, perteneciente al Campeonato Nacional de Liga, Tercera División, grupo primero, el colegiado gallego Eladio Naya López fue brutalmente golpeado.

El partido finalizó con empate a un gol y el club local tenía la necesidad de obtener los dos puntos para no verse implicado en el descenso, pues hasta la fecha su trayectoria deportiva dejaba bastante que desear.

El encuentro se celebró en la isla de Arosa, en la provincia de Pontevedra. Desde el campo de fútbol al embarcadero hay una distancia considerable, y ese trayecto se convirtió en un auténtico calvario para el árbitro Eladio Naya López.

A las 16,45 horas el colegiado dio el pitido para que comenzara el partido. E el minuto 24 se retiró lesionado el jugador del club Celtiga Julio Porral, al recibir una patada en el pómulo derecho al disputar un balón con un contrario. Durante los noventa minutos de juego, el señor Naya mostró seis tarjetas amarillas.

Cuando terminó el partido, el señor Naya fue brutalmente agredido. Así explicó en el acta todo lo sucedido:

LA AGRESION PALO A PALO

«Cuando pité el final del partido, el jugador del Club Celtiga, Arturo